

IX
CUANDO PARECÍA TERMINADA LA MISIÓN DEL
EXPERIMENTADO, FINALMENTE NO HABÍA
SINO COMENZADO

Pocos minutos después, aquella mesa estaba irreconocible, pues se había extendido y se hallaba rodeada de casi toda la gente habida en la sala. Una muchacha a la guitarra cantaba unos fados especialmente para esa mesa. Otra muchacha estaba descaradamente sentada sobre las piernas de Antunes. En verdad era uno de los mejores asientos para no perderse una palabra del canto. Antunes nunca había estado tan cerca de la gente. Además de esto, estaba demasiado empapado en vino a causa de una frase—receta del experimentado compañero: «¡No estar bebido en medio de borrachos es tan indecente como estar borracho en medio de gente fina!». Con todo, eran tantas las impresiones y todas de primera mano que, por más que hiciese, Antunes no atisbaba la manera de salir de allí o cómo iría a acabar aquello. Por otro lado, en la promesa que don Jorge hiciera al tío no había nada de parecido con aquello. Y esa cabeza experimentada maquinaba algo definitivo al respecto. Mientras tanto, Antunes recibía la impresión de un incendio, con la sala llena de humo de tabaco.

Ya se habían retirado los músicos. La sala comenzaba a tener el aspecto de un gabinete de negocios a la hora de cerrar. Allá afuera circulaban los primeros coches que despiertan el sol de las ciudades. Pero aquella mesa se hallaba en mitad de la fiesta. A los fados siguieron las anécdotas de la madrugada, que remiten todas a la misma cosa. Las carcajadas eran estruendosas y generales como no podían dejar de serlo. Hasta que don Jorge dispuso una ronda de

orujos para los presentes, aficionados y expertos, sin admitir otra variante en lo tocante a alcohol potable. Cumplidas las órdenes, la mesa fue apartada vivamente en señal de fin de fiesta. Don Jorge asió a tres mujeres a la vez y con todo el peso de ellas subió a una silla, de la silla a la mesa, de la mesa bajó a la silla y de la silla al suelo, donde desembarcó a las tres mujeres sin incidente. No hubo grandes aplausos porque aquella hazaña era normal en don Jorge de madrugada.

Una vez en la calle, apagado ya el alumbrado público, comenzaba a nacer el azul de la mañana, y don Jorge llevaba dos sombreros en la cabeza y una mujer en cada brazo. El aire frío aliviaba los vapores que escaldaban a Antunes, quien a esa hora se distinguía de don Jorge únicamente por una cosa: la de tener la cabeza al descubierto. Por lo demás, llevaba también una mujer en cada brazo. A pesar de ello, Antunes tuvo ocasión de comprobar que esa fresca tan reconfortante de la mañana venía con seguridad de la provincia, y también se fijó en que su experimentado compañero iniciaba el paseo matutino en dirección contraria a la del hotel donde había quedado su maleta.

A una altura en la que Antunes ya no sabía a qué distancia se hallaban del hotel o del club, los dos únicos sitios que conocía, don Jorge enfiló con las damas hacia un *café* cuyas puertas nunca se habían cerrado desde su inauguración. Un poco más atrás venía Antunes con las otras dos, y en la mesa ya había una botella de orujo con sus respectivas seis copitas. Por sistema Antunes quería pagar todo y echó mano de la ordenada cartera de la que asomaban los colores de los billetes grandes. Don Jorge le lanzó una mirada terrible y la verdad es que Antunes pudo no haber entendido, pero cerró la cartera y la introdujo en el bolsillo, lo que equivalía a que había entendido. Así don Jorge quedaba en